

cipe de Bülow en su calidad de Presidente del Consejo de Ministros prusiano al abrir el nuevo período de sesiones del Landtag.

«Excelentísimos, nobles y honorables señores de ambas Cámaras del Landtag:»

Su Majestad el Emperador y Rey se ha dignado confiarme la apertura del Parlamento de la Monarquía.

La situación financiera del Estado va presentando desde 1906 un aspecto siempre menos favorable. El *superavit* del ejercicio económico de 1906 no bastó para mantener a la altura marcada por la ley el *Fondo disponible* de la administración de ferrocarriles, destinado a compras y construcciones necesarias; es más: para ello fué necesario retirar una cantidad importante del fondo de compensación. En el ejercicio económico corriente, á causa del considerable aumento de los gastos de la administración de ferrocarriles, hay que esperar un *déficit*.

Al mismo tiempo cree el Gobierno necesario continuar sus *atenciones para con los empleados*, prosiguiendo la mejora de sus sueldos, iniciada en el Presupuesto para 1907, y presentar á la aprobación de las Cámaras un proyecto de reforma de las prescripciones sobre sobresueldos para habitación. Para conseguir un aumento proporcionado de los sueldos de los maestros de escuela primaria (Volksschule) presentará el Gobierno un proyecto de enmienda á la Ley de Remuneración de los maestros. En materias eclesiásticas tiene el Gobierno la intención de proponer medidas legislativas con el objeto de mejorar la situación económica de los sacerdotes protestantes y católicos, de acuerdo con las correspondientes Comunidades.

Estas medidas tendrán como consecuencia un aumento permanente de los gastos en más de 100 millones de marcos, cuya procuración ofrece dificultades no pequeñas. El Gobierno de su Majestad presentará, de consiguiente, el proyecto adecuado para la obtención de los fondos necesarios. Al mismo tiempo se ha creído del caso en la preparación del presupuesto de 1908 procurar la economía más estricta en todos los ramos de la Administración, dejando para más tarde todos los aumentos de gastos que no fuesen absolutamente necesarios, en la confianza de que podrán ser atendidos con los rendimientos de las actuales fuentes de ingreso durante los años próximos.

También habrá que acudir (conforme al precedente de 1906) al procedimiento del empréstito con el fin de descargar el presupuesto de los gastos necesarios para adquirir materiales de explotación y aumentar el número de vías en el servicio de ferrocarriles con el objeto de que la instalación ferroviaria se mantenga á la altura correspondiente al extraordinario aumento de la circulación. Además se pedirán considerables cantidades para extender y mejorar la red de ferrocarriles del Estado, así como para la protección de las empresas de ferrocarriles secundarios.

De nuevo será presentado á la consideración del Parlamento el proyecto de Ley sobre «Protección de las Aguas Minerales y Termas de utilidad pública», que quedó pendiente de acuerdo al terminar el anterior período de sesiones.

Aparte de unos pequeños proyectos de reforma de la administración policíaca en algunos distritos, se presentará el Proyecto de «Nueva repartición de los gastos de policía entre Estado y Municipio en los municipios que tienen Administración Real de Policía».

Como muestra el desarrollo de los acontecimientos en las provincias orientales de la Monarquía, no bastan las facultades legales del Gobierno para amparar y robustecer la población alemana en aquellas partes del Reino. El Gobierno se ve por ello obligado á pedir un aumento de sus plenos poderes y presentará en seguida con este objeto sus ya anunciados proyectos

legislativos. El Gobierno está convencido de que no le faltará la eficaz cooperación de ambas Cámaras en una cuestión tan seria de la política nacional.

Por orden de S. M. el Emperador y Rey declaro abierto el Landtag de la Monarquía».

Ya se habrá notado que para nada se citan aquí las relaciones exteriores, el ejército, la marina; esto es competencia del Reichstag, del Parlamento, del Imperio. Mi objeto, al traducir el discurso, no ha sido en ningún modo el poner á discusión las diferentes interesantes materias que en él son tratadas (mala situación financiera como reflejo de la coyuntura económica descendiente, aumento del sueldo de los empleados, derecho de expropiación en las provincias polacas); ello será (sobre todo lo último) objeto de estudio en estas crónicas.

Me contentaría hoy con haber convenido á mis compatriotas de que este Discurso del Trono parece una seca y árida Memoria del secretario de una sociedad por acciones, porque de ello deduciría yo dos consecuencias muy importantes: 1.ª, el carácter alemán, el pensamiento alemán, el estilo alemán no son oscuros, nebulosos, rebuscados, incomprensibles, como pretende el vulgo y aun alguno de mis mejores amigos. (No tiene derecho á llamar obscuro é incomprensible un libro alemán—traducido—el que no cree del caso hacer un pequeño esfuerzo para leerlo y comprenderlo). Y 2.ª, es pueril y ridículo por lo menos pretender, como tantos aun entre los catalanistas, inducir el concepto del Estado de la observación del desgraciado Estado español y pretender que no hay otra esfera de acción, otro horizonte del Estado, otra concepción, otra fuerza, otra eficacia del Estado que la que ellos han visto en España.

Tengamos en cuenta estas conclusiones al entrar á estudiar más concretamente: ¿Cómo Alemania empuja? — M. VIDAL Y GUARDIOLA.

Francia

Sanas desviaciones

En Francia es visible, desde hace ya algún tiempo, un cierto espíritu de resistencia contra las tendencias políticas que durante el pasado siglo ella ha simbolizado, y que ha conseguido implantar en muchos de los Estados europeos; tendencias que en su día y en su origen quizás fueron si no una necesidad, como un mal menor, pero que hoy día han perdido ya toda su razón de oportunismo. El estatismo por sistema, invasor con rigorismo de lógico, de toda suerte de círculos sociales, el individualismo rígido y exclusivo, natural y espontánea consecuencia, ó causa de aquél, el burocratismo progresivo, son todo ello diversas ramas de este árbol político napoleónico, que van ya perdiendo poco á poco su pasada lozanía y verdor, aun en aquellos pueblos que más elementos de fertilidad hallaba en el suelo en que crecía y en la atmósfera étnica que le circundaba.

Ahora mismo en Francia han ocurrido dos ó tres hechos que, de diverso modo, contribuyen á poner de manifiesto aquel estado espiritual de la sociedad á que nos referimos, revelan una salvadora desviación de dichos caracteres dominantes de su psicología colectiva moderna. En una de las sesiones que la Cámara francesa ha dedicado á la discusión del presupuesto de trabajos públicos, se ha ocupado de la importante cuestión de la autonomía de los puertos de comercio; ya en la misma Francia se nota la inferioridad en que se encuentra su comercio, por no tener la suficiente libertad de acción los organismos que han de regularlo ó que contribuyen á promoverlo, uno de cuales organismos ó medios es el servicio de los grandes puer-

tos comerciales. Los puertos de comercio franceses no son como esos alemanes é ingleses, como Brèmen, Hambourg, Liverpool, Southampton, en los que las administraciones locales de los mismos proveen á la integridad de gastos de engrandecimiento y sostén, y en cambio el Estado alemán y el inglés se limitan á reconocer aquella amplia autonomía.

Y aunque en último término, Francia se ha decidido, según parece, á seguir también esta vía que fundándose en la realidad conduce seguramente á una incesante integralidad de poder. En aquella sesión de la Cámara francesa á que nos hemos referido, M. Farjon y Brindeau han propuesto confiar en absoluto la administración de los puertos de comercio á una comunidad compuesta de representantes de los intereses mercantiles locales, la que dispondría de un presupuesto autónomo, alimentado de impuestos que hoy percibe el Estado. A esta proposición de reforma radical, el ministro de Trabajos públicos, M. Barthou ha ofrecido en principio su entusiasta protección, no meramente platónica, á cual efecto ha enviado en seguida un ingeniero, á estudiar el régimen del puerto de Génova, para que así pueda implantarse en Francia, de una manera no ideológica sino práctica, un nuevo ordenamiento autónomo de los puertos comerciales, hoy día de tanta trascendencia en el desarrollo de la vida económica moderna.

Otro hecho que, aunque no tenga ninguna relación con el anterior, revela también, como el mismo, cierta nueva orientación del espíritu colectivo francés, es el que ha tenido lugar en el banquete que han celebrado delegados de la Federación nacional de los patronos comerciantes (al detall) y la Federación nacional de sus obreros ó empleados; el Presidente de los últimos, expresó su concepto del sindicalismo que debe estar basado en el acuerdo de intereses comunes, y no en el odio destructor de dicha armonía de intereses. Contra los procedimientos de violencia y de negación á que tan inclinados se han mostrado los socialistas franceses, oponen aquéllos, muchos de ellos también socialistas y todos obreros, un cierto sentido de conservatismo social y de hábitos positivamente constructivos, que sin duda han aprendido de aquellos pueblos, en los que más han progresado en su bienestar los obreros, al mismo tiempo que la sociedad toda, debido á dicho sentimiento de armonía entre los varios elementos de la sociedad, que no se opone en absoluto á cierta vital lucha, entre cada uno de ellos, y que al mismo tiempo resulta fecundadora de positivos mejoramientos colectivos. — José MARTÍ Y SÁBAT.

Bélgica

Para el porvenir

Continúan los periódicos dando importancia á la entente belgo-holandesa, y la «Action wallone» abre una enquête sobre el carácter que deba revestir. ¿Económico meramente ó militar? Esto es lo que se discute en las dos naciones. El aglutinante mejor de esta futura y posible unión es, sin duda, el pangermanismo. Holanda, — Bélgica no se ha visto en este caso, — ha logrado salir con bien de sus luchas con Inglaterra y con Francia: solamente Alemania constituye hoy para ella un peligro.

Las relaciones de ambos Gobiernos no pueden ser más cordiales. La emperatriz ha estado recientemente en La Haya, y sin embargo, un grupo de pangermanistas, que tan graves problemas han planteado en Austria, y tanto se han esforzado en dividir los cantones latinos de los germánicos en Suiza, han sembrado asimismo la desconfianza entre los holandeses.

Naturalmente que tales proyectos no trascienden al Parlamento, y menos á la

acción del gabinete alemán; pero no dejan de crear resquemores y suspicacias, manifestadas no ha mucho por M. van Houten, ex ministro y leader del partido liberal.

Este propone, dada la falta de hijos ó hermanos de la reina Guillermina, excluir del trono á los príncipes de la casa de Orange, pero de nacionalidad alemana; y hacerlo aun cuando para ello precisara modificar la vigente constitución, adoptando la forma republicana, con preferencia á un rey ignorante del país y de la lengua. Esta simpatía por la República es una vuelta á las viejas tradiciones del país, que puede considerarse complementadas por el prestigio de la casa de Orange, antes condal, hoy real, que ayudó á crear la actual forma del Estado. Por esto Holanda es más dinástica que monárquica.

Si además contamos con la creciente potencia económica de Alemania, no extrañará lo bien acogida que fué la iniciativa belga de establecer una convención económica, base posible, cuando el tiempo le

haya dado la solidez necesaria de una inteligencia militar y de un total paralelismo político, que haga pesar á estos pueblos entre las demás naciones europeas.

El Congo

Parece que la anexión ha entrado en una fase definitiva. M. Trooz, Presidente del Consejo, dejó el día 5 sobre la mesa del Parlamento el tratado de cesión del Congo. Se asegura que el pasivo de la colonia está largamente compensado por los valores en cartera, y que los dominios reales vendrán sometidos á las disposiciones y reglamentos generales aun cuando sea una explotación aparte.

Si la cuestión se plantea en estos términos será fácil encontrar una fórmula de aceptación entre los partidos de gobierno. Lo único que hace recelar es el silencio con que M. Trooz acompaña la entrega del tratado. Como sea, la curiosidad pública será próximamente satisfecha. — R.

La América latina

Más del Río de la Plata

Continúo hoy con la segunda parte del interesante trabajo del ingeniero geógrafo uruguayo, don José Llambias de Olivari, relativo á la naturaleza y determinación geográfica del caudal de agua que separa las dos costas de la Argentina y del Uruguay, ó sea el río de la Plata.

Estas observaciones científicas tienden á determinar cuál ha de ser el límite geográfico divisorio del río entre las dos naciones ribereñas, después de haberse aclarado en el número anterior qué parte de ese caudal de agua puede considerarse incuestionablemente como río, y que otra parte tiene los caracteres de golfo, cuyo régimen marítimo ó fluvial no puede aun definirse con precisión.

He aquí los apuntes que sobre ese extremo nos ha proporcionado el ilustrado geógrafo de Montevideo:

«¿Cuál es el límite natural ó geográfico entre las dos riberas de un río?»

Algunos opinan que el límite natural ó geográfico debe ser una línea media del río, equidistante de sus riberas, de manera que quede la mitad de la superficie del río para cada nación ribereña.

Respetamos esa opinión, y creemos que puede ser una solución conveniente entre dos naciones para dirimir cuestiones desde el punto de vista jurídico, además de que esa línea coincide algunas veces con el límite verdaderamente geográfico. Pero un río no es un arroyo, ni una cañada, ni una zanja, que sirva para dividir dos propiedades contiguas. Desde el punto de vista geográfico esta solución no puede ser admitida.

Otros quieren determinar el límite, siguiendo la línea del *thalweg* del río, considerando á éste como las cumbres invertidas de una cordillera, de modo que si en las montañas los límites de división de dos naciones son los puntos más altos, en los ríos el límite debe ser la línea de los puntos más bajos.

También respetamos esa opinión; pero un río no es un valle ni una montaña invertida; y si muchas veces el *thalweg* coincide con la línea que pasa por el centro del río, otras veces no sucede así, y

hasta existen casos en que no sería fácil precisar cuál es en un río su verdadero *thalweg*, como ocurre en el Plata.

¿Entonces cuál debe ser el principio que debe regir, para determinar dicho límite geográfico?

Para nosotros un río es un caudal de agua más ó menos grande puesto en movimiento desde las partes más elevadas hacia las más bajas. Pero el movimiento de dichas aguas no se efectúa con la misma velocidad en toda su extensión, sino que es más rápido en la parte central de la corriente y menos rápida en las partes laterales. Y ese caudal de agua en movimiento, debido á la rotación de la tierra, obedece á la ley de Ferrel, es decir, que en el hemisferio Norte se desvía constantemente hacia la derecha y en el hemisferio Sur hacia la izquierda; y como es el agua del río la que va formando lentamente el *thalweg* por el desgaste que efectúa en el fondo y en los costados del cauce, resulta que el *thalweg* rara vez ocupa la línea equidistante de las barrancas de un río, sino que siempre estará más cerca de la ribera izquierda del río en el hemisferio Sur y más cerca de la ribera derecha en el hemisferio Norte.

Esta ley se cumple naturalmente en toda la República del Uruguay, desde los arroyos más pequeños hasta los ríos más grandes, y en especial en el Uruguay que, debido á la naturaleza del fondo ha exagerado ese movimiento desviatorio, de tal modo que el *thalweg* pasa en algunos puntos á unas decenas de metros de la costa oriental.

Ahora bien, ¿cuál debe ser la zona más importante del río? Sin duda la zona que llevé mayor caudal de agua. Por regla general dicha zona coincide con la línea más profunda del río, ó del *thalweg*, pues se comprende que la parte más inferior del río debe recibir más agua, y que este gran caudal de agua corriente por los puntos más bajos debe hacerlo con mayor velocidad. Pero la regla no es absoluta; la zona que lleva el mayor caudal de agua no coincide á veces con la línea más profunda, según ocurre en el Río de la Plata.

Es decir, pues, que siendo la zona que lleva mayor caudal de agua la zona más importante, el límite geográfico del río debe pasar por el medio de dicha zona, dejando las dos mitades para cada una de las naciones ribereñas.

Aplicando ahora este razonamiento al caso del Río de la Plata, ¿cuál será el límite geográfico ó natural entre las dos costas del Uruguay y de la Argentina?

Bajando por el río Uruguay las aguas de éste se encuentran con las aguas del Paraná bajo un ángulo casi recto; y como el caudal de agua arrastrado por el Paraná es mayor que el llevado por el Uruguay, resulta que las aguas de éste son rechazadas hacia la costa oriental; bifurcándose esos caudales reunidos en dos ramas al llegar á la isla de Martín García, pasando una rama, la más profunda, por la costa del Uruguay, y la otra, entre la isla de Martín García y la costa Argentina.

¿Cuál de esas dos ramas es la más importante?

Según el principio que venimos desarrollando, el ramal que transporte mayor cantidad de agua. Determinese un buen perfil entre la isla Martín García y las dos costas oriental y argentina; calcúlese el caudal de agua que lleva cada uno de los dos brazos, y entonces se tendrá resuelto el problema.

Hay muchas probabilidades de que el mayor caudal de agua es el que pasa entre la isla de Martín García y la costa Argentina, y que éste es el brazo más importante del río á pesar de que el otro brazo sea más profundo. Según esto, para nosotros el verdadero *thalweg* del río, ó camino del río, no sería el canal más profundo, sino el canal más ancho; pues este es el que lleva mayor caudal de agua y, por otra parte, la mayor profundidad del canal del Infierno es más aparente que real.

En efecto, para darse una idea exacta de la diferencia de nivel entre los dos canales, tómese la distancia de 10 ó 20 kilómetros que hay desde la bifurcación de los dos brazos, antes de llegar á la isla, hasta el punto de reunión de esos dos brazos después de la isla de Martín García. Resulta su promedio con un desnivel de dos metros, ó una braza más ó menos. Se ve entonces que la proporción es la misma que si en una distancia de dos metros hubiera un desnivel de dos décimos de milímetro. ¡He ahí la línea que se debería considerar como *thalweg* del Río de la Plata!

Pero hay más todavía. Ese brazo más profundo no puede considerarse como *thalweg* de ningún modo, porque es sencillamente un gran pozo longitudinal situado en el fondo de esa parte del Río de la Plata.

Para darse cuenta de esto, basta suponer que el nivel del agua en el Río de la Plata bajara unas seis brazas. Entonces veríamos que, desde el brazo Sur que sale del Paraná, pasando luego por el Sur de la isla de Martín García, el fondo del río se presentaría como un gran camino aproximadamente llano, y en cambio pasando por el canal del Infierno se encontraría una gran laguna de dos metros de profundidad más ó menos, que terminaría en el punto de reunión de los dos canales que costean la isla de Martín García.

Ese pequeño aumento de profundidad momentánea que toma en el canal ese

brazo del río, se debe probablemente á que entre la costa oriental y la isla, la corriente no puede pasar con facilidad tal vez por la estrechez del canal, y á que no pudiendo desgastarlo en sus partes laterales lo desgasta en su lecho. Pasada esa angostura, recobra su fisonomía primitiva.

Pero entonces esta corriente se encuentra á su vez con la costa de la Colonia, y al chocar en ella se refleja, desviándose en gran parte hacia el Sur y formando dos nuevos brazos subfluviales; salvando su mayor brazo el banco de Ortiz por el lado Sur por el canal del medio, mientras que la corriente menor toma hacia el costado Norte del mismo banco dando lugar al canal del Norte. Entre estas dos corrientes no hay duda de ninguna especie que la corriente mayor es la que pasa al Sur del gran banco de Ortiz, por los dos canales del medio y del Sur, y que el *thalweg* es también más profundo en aquel canal que en el del Norte, hasta encontrarse con las aguas del Océano, con las cuales se mezcla hasta unas cuantas millas, cuando desemboca en lo que podríamos llamar el Golfo del Plata.

Resumiendo tendríamos que el límite geográfico ó fluvial del Río de la Plata entre las dos naciones ribereñas, sería el siguiente: punto de confluencia de las

aguas del Paraná y del Uruguay; canal del Sur al Oeste de la isla de Martín García; línea sinuosa que se acercaría bastante á la costa oriental, pasando por el Sud de Farallón y entraría en el canal del medio al Sur del gran banco de Ortiz, cuya línea se acercaría más á la costa argentina que á la oriental hasta llegar al golfo del Plata. Con lo cual se ve bien que, desde cualquier punto que se mire la cuestión, la isla de Martín García sería siempre bien oriental.

Se comprende, sin embargo, que, siendo el límite estrictamente geográfico una línea tan sinuosa y tan irregular, llegando en ciertos casos, como pasa en el Uruguay, hasta tan cerca de una de las riberas, no coincida ó pueda no coincidir, el límite geográfico con el límite jurídico; de donde se explica el interés de las naciones en considerar como límite divisorio la línea equidistante entre las dos riberas en las mínimas crecientes, que no presenta mayores dificultades en su trazado comparada con la determinación del verdadero *thalweg* ó del verdadero límite geográfico del río.

Para dar por terminado este asunto de enorme trascendencia falta conocer el convenio celebrado entre los Gobiernos argentino y oriental, que tiene anunciado el telégrafo.

BLANDENGUE

de reconocerse, ¿por qué razón hemos de oponernos á que en un orden más general se unan todos los que se vean impelidos á realizar la obra regeneradora de España, ya sea por miedo (que eso es lo que parece induce á Moret y Canalejas á no oponerse á la labor de Maura y los solidarios), ya sea porque les anima la buena intención, como parece sucede con el Sr. Maura, ya sea para cumplir con los altos fines que se impusieron al aceptar el cargo de representantes de Cataluña, que es lo que les pasa á los representantes solidarios?

Es más: es preciso ser oportuno y no desaprovechar las ocasiones. Y en la actualidad si Cataluña sabe aprovecharse de la influencia que indudablemente ejerce en las esferas políticas, subirá un peldaño más de la escalera del progreso, que es, en definitiva lo que se propone, como pueblo vivo que es.

Claro está que esto nos llevaría suavemente á la conclusión de no encontrar espeluznante la frase final que subrayamos y que dice así: «no teniendo nada de extraño que algunos elementos más principales de la Solidaridad entrasen, previo solemne reconocimiento de la legalidad vigente, á formar parte integrante del Gobierno, que tendría por misión principal implantar el nuevo régimen que ha de dar orientaciones nuevas á la vida municipal».

Supongamos expresión fiel de la verdad estas palabras. ¿Qué significarían? Demostrado el hecho de que los prohombres solidarios no han cedido ni cederán un ápice en lo esencial de sus creencias, vendrían á ser la declaración más evidente de que la España muerta deja paso á la España viva para implantar el nuevo régimen. Es decir, para realizar la revolución transformadora del actual estado de cosas y colocarlas de nuevo en su natural estado, para que naturalmente, sin violencia alguna, cumplan el fin que la Providencia les tiene asignado en el concierto universal.

Si llegaba, pues, el día feliz para Cataluña de tener que formarse un gabinete de concentración y era llamada nuestra tierra á dar dirección en una ú otra forma al mismo ¿habría quién se atreviera en nombre de algún *grande ideal* á oponerse á ello?

En buena hora que dentro de los ideales particulares cada cual luche por el triunfo de los suyos. Pero no descuidemos que el momento es decisivo y suena la hora de Cataluña. Seamos hombres. — J. PARDO Y WEHRLE.

6

Cuadros

La sala Hoyos No cabe duda; es un poco tarde para hablarlos de la exposición Fuster organizada y clausurada ya en la sala Hoyos. Pero, ¿qué queréis? Hay que disculpar al provinciano que llegó no hace mucho con el alma sujeta todavía al ritmo de un pueblo quieto. La impresión de cada cuadro anda ya algo borrosa. No así la del conjunto, la impresión total de todas ellas. Para hablar de cada lienzo es ya demasiado tarde. Para hablar del autor esta es la hora más conveniente tal vez.

Juan Fuster, un pintor de Mallorca — ¡soñad con valles de naranjos y montañas doradas! — tuvo unos comienzos absolutamente anodinos. Años y más años trabajó en una labor ingrata, sin visión propia, sin personalidad alguna. Después — bajo la influencia de Rusiñol, uno de los creadores del paisaje lírico de Mallorca — cambió de rumbo. despertó y llegó casi hasta el plagio, seducido por el encanto inesperado de los jardines rusiñolescos. Aquella influencia, como todas las influencias en el arte, no pasó de la superficie, de una aproximación á la técnica, á la elección de asuntos, y al modo de encuadrar el natural. El espíritu del discípulo rondaba sin lograr penetrar en los secretos

La Semana

Política

Sobre una supuesta actitud Dice un diario de Barcelona, que presume de bien informado, en su edición del 9 del corriente y en una larga información telegráfica de Madrid, dando cuenta de los propósitos del Jefe del Gobierno:

«Reanudadas las sesiones, el Presidente trabajará, casi con afán, para que la ley de administración local se apruebe, y aunque no se hace muchas ilusiones respecto á la sinceridad de los ofrecimientos de algunas minorías, confía en publicar en abril el proyecto ahora objeto de tantas discusiones.

Entonces declarará terminada la primera legislatura, para celebrar durante el interregno las elecciones municipales; y puede asegurarse que, si allí llegamos, entonces la crisis grande será un hecho, *no teniendo nada de extraño que algunos elementos más principales de la Solidaridad Catalana entrasen, previo solemne reconocimiento de la legalidad vigente, á formar parte integrante del Gobierno, que tendría por misión principal implantar el nuevo régimen que ha de dar orientaciones nuevas á la vida municipal.*»

Lo subrayado es obra nuestra. Lo hemos hecho ex profeso porque en realidad, de ser ciertas, revisten suma importancia las palabras transcritas, y no porque creamos nosotros que ellas significan abdicación de alguno de los principios sustentados por los prohombres de Solidaridad; por el contrario les damos importancia, porque compulsándolas con las noticias que referente á la discusión del proyecto de Administración local llegan de la Corte, dan como resultado que quien cede y abre brecha en sus posiciones es el Gobierno que afortunadamente parece empieza á ver claro en el trascendental problema.

Claro está que sentado este hecho, no tiene nada de particular que la minoría solidaria haga ofrecimiento al Gobierno de dejar pasar sin grandes tropiezos el pro-

yecto cuando se discuta su articulado en plenas Cortes. Porque si la gran obra sale hecha de la amigable discusión que los prohombres políticos están realizando y satisface el mayor número posible de las aspiraciones contenidas en el Programa del Tívoli; si lo esencial que pide Solidaridad se ha incluido en el proyecto y es aceptado por el Gobierno, ¿á qué vendría una ruda oposición, que podría satisfacer á las que disfrutan con los cambios de situaciones políticas, pero que para el país español no representaría en definitiva otra cosa que un nuevo retroceso, precursor quizá de un nuevo estancamiento, que nos colocaría, si ahora vamos un siglo á la zaga de los grandes pueblos, á una distancia tal, que las generaciones venideras no podrían acortar jamás?

Hechas estas consideraciones y razonando fría y serenamente, ¿quién osará calificar de ambicioso, de hombre de ideales mezquinos al que tales ofrecimientos haya hecho (hablamos en el terreno de las suposiciones), á un Gobierno, presídalo quien lo presida, sea liberal ó conservador, sea monárquico ó deje de serlo? ¿Es que la prosperidad de los pueblos debe supeditarse á los ideales particulares, precisamente en este siglo, cuando las grandes ideas colectivas triunfan, poniendo en evidencia el grave error que el exagerado individualismo, triunfador en tiempos no lejanos, aun representa?

¿Pues qué; no lo vemos nosotros en nuestra Cataluña, en nuestra Barcelona, en nuestro Ayuntamiento; que cuando se han unido todos los regidores, poniendo por sobre sus ideales políticos el amor á la tierra que representan, han forjado las grandes ideas, engendradoras de proyectos felices, unos realizados, ya como la Exposición Universal de 1888, otras en vías de próxima realización en estos momentos de viril actividad, como la Reforma, que nos hace ver en ensueños bellos, la ciudad futura, civil en todos los órdenes de la vida?

Y si esto es así, como no puede menos

donde el gran artista guarda la gracia original de su sentir. Pero aquella influencia evidente era también una inquietud: el mejor indicio en quien no ha renunciado á aprender. El pintor no estaba contento de sí.

Y Fuster ha descubierto, por último, algo suyo ó algo sentido y expresado por cuenta propia. En la exposición de la casa Hoyos no persiste tan absoluta la influencia de Rusiñol. Se advierte también — y esto es lo que importa — cómo esa influencia ha depurado el gusto del pintor al tratar asuntos que el maestro no ha pintado y, por consiguiente, no le ha resuelto pictóricamente antes. El «*Ramat d'indiots blancs*» — para mí el mejor cuadro de toda la exposición — es la mejor prueba de esa depuración y de esa fase última más personal en Fuster.

Ya sé yo que entre sus cuadros se pueden citar algunas equivocaciones patentes; ya sé que expone paisajes bien sazosos, muy florecidos y con vistas al comprador. Está bien. ¿Pero á qué hablar de ellos? Fuster es un profesional, vive de su arte, tiene allá en Mallorca su casa, sus hijos.

Salón Parés El mayor reparo que se le puede hacer á Federico Beltrán es el de usar una coloración única. ¿En qué cuadro — ¿de Corot? — he visto yo esa coloración cárdena en que el carmín y los ocreos toman en sus tonos claros el color rancio y marfileño de un retrato de abuela? He aquí un pintor de instinto artístico no vulgar; víctima de un «partipris». La primera impresión de sus cuadros atrae de pronto. Después, observados los lienzos, recordadas otras pinturas ya vistas anteriormente, el espectador se marcha no muy satisfecho. Las bengalas y los farolillos de Graner arden aún.

Yo no creo que los aciertos del Sr. Beltrán se encuentren entre sus retratos. Más bien los buscaría en sus notas de color, en ciertas armonías de sus cuadros más diminutos. En estos quizá se descubre lo que el pintor puede llegar á ser.

Y al salir del salón tropezáis con una testa de Brull. ¡Una sorpresa y un contento para los que celebramos el triunfo de los demás! Es la testa de una niña pálida, encontrada sin duda en un cuadro de miseria en cualquier rincón de la Barcelona pobre. Ni exageraciones de dibujos ni acaramelamientos de color. Nada. La vida misma en unos ojos que interrogan, en una carne triste que el pincel parece haber copiado sobriamente en un solo aliento y en un solo impulso de piedad. — M. SARMIENTO

Música

El tenor Anselmi. La afición de los barceloneses á la ópera ha girado durante la última semana alrededor del cantante Antonio José Anselmi, joven tenor que en los primeros años de su carrera ha logrado ya un renombre universal. Hoy es Anselmi en los albores de su juventud uno de los tenores que ven su nombre en letras de gas á las puertas de los grandes coliseos, que cotizan su voz á tantos miles de francos, y que tienen aún poder alguna que otra vez para hacer subir los precios de las localidades. No se llega á escalar tales alturas con tal rapidez sin tener un cierto talento.

Anselmi ha demostrado que lo posee ante el brillante público de nuestro Gran Teatro, interpretando los primeros papeles masculinos en la ópera *Mandón*, cuya música ha sido calificada de elegante por la crítica (por calificarla de algo), y en la ópera *Tosca* á quien no creemos que nadie haya calificado de nada, sino al contrario, descalificado.

Si hubiéramos de dar nuestro voto sobre cuál de los dos personajes interpreta mejor Anselmi, nos inclinariamos al protagonista de Prevost, antes que al de Sardou. Esto sólo en cuanto á la interpretación del personaje dramático, si bien se reconoce á la legua que no es este el fuerte del celebrad tenor, sino más bien el arte de la emisión y porte de la voz que domina á las mil maravillas, arte que se trasluce en el partido que sabe sacar de su órgano vocal, á pesar del timbre no muy argentino y de la cantidad insuficiente para dominar constantemente al público de un teatro de tan colosales dimensiones como nuestro Liceo. Aun así, Anselmi suspende y maravilla oyéndole afinar los momentos más difíciles, abrir y sostener cualquier nota con brillantez no superada, pasar con pasmosa facilidad del natural al fasete y viceversa, produciendo en nuestro aristocrático y distinguido público una sensación (no emoción) semejante á la que obtiene ante un público sencillo de entoldado y de fiesta mayor un hábil concertista de flautín al desglosar las variaciones del *Carnaval de Venecia*. Siempre, como es natural, salvando la distancia del mayor interés que tiene la voz humana sobre cualquier instrumento, distancia que se refleja en parte en la distinta categoría social de los dos públicos mencionados.

Si nuestros lectores estuviesen avezados á una crítica más documentada que la nuestra, podrían enterarse de algunos detalles de cierto interés en la existencia del tenor Anselmi; sabrían, por ejemplo, cómo sus padres fueron excelentes actores, cómo un buen número de otros ascendentes suyos estuvieron dedicados al arte, cómo nació en el joven artista su vocación, con quién estudió, dónde obtuvo sus primeros éxitos, qué edad tiene, y qué cantidad hay escrita en los recibos que presenta á las empresas; pero de todo ello pueden pasarse perfectamente quienes por cuestiones artísticas se interesan como nosotros, que somos de estos últimos, podríamos pasarnos sin asistir á las representaciones de ciertas óperas del repertorio del tan celebrado tenor, á las que sólo una curiosidad, hasta cierto punto malsana, nos arrastra.

Con la figura del tenor Anselmi se ha cruzado en esta primera etapa de la temporada del Liceo otra figura, realmente interesante: la del maestro Kaehler, de quien hemos tenido ya la satisfacción de hablar en nuestra última crónica. Ellas se nos aparecen como dos polos opuestos en la esfera del arte, como dos símbolos: el de un arte musical que va hacia el ocaso, y el de un Arte (con mayúscula) que se yergue esplendoroso por encima de las vetustas ruinas de la ópera italiana.

No todas las situaciones en el arte, en la política, en las formas de civilismo, se suceden unas á otras rudamente, ni asoma una de ellas la cabeza sobre la completa destrucción de la anterior; hay, más que sucesión en un momento determinado, verdadera superposición de dos ó más estados ó modos de sentir colectivos, caminando hacia un fin, tangentes en un círculo más próximo en unos que en otros á dicho fin; y aún presentándose en ciertos estados que puedan parecer definitivas supervivencias de aquellos que creíamos para siempre inscritos en los registros mortuorios.

Considerando las situaciones actuales bajo este aspecto, domina siempre en ellas un estado de lucha ó de transición, en el que, no obstante, se dibujan á menudo de un modo más marcado dos tendencias, dos ideales con valor representativo de todos los sentimientos que se agitan en un momento de la vida de la humanidad.

Así vemos representado el momento actual del teatro lírico entre nosotros por los aplausos prodigados, hoy al uno, mañana al otro, de las dos figuras musicales que han llenado la atención de Barcelona durante estas dos últimas semanas.

Quienes recuerdan con delectación los éxitos portentosos de Massini en *Fra Diavolo*, de Gayarre en *La Favorita*, de Stagno en el *Roberto*, de Giraldoni en *Maria di Rohan*, de la Patti en la *Lucia*, de la Volpini en *La Traviata* ó de la Caccia en *Don Pasquale*, no pueden menos que ver en el joven tenor Anselmi la resurrección de aquel arte que llenó de alegría la plácida existencia de nuestros setentones. En cambio, la juventud que nace á la vida de un arte nuevo contempla hoy en la venerable figura del maestro Kaehler un símbolo del predominio en la escena moderna de aquel momento, que responde en la actualidad á la tradición y á la evolución constante del arte musical, de aquel arte cuyas producciones son algo más que un informe conglomerado de duos, romanzas y concertantes, intercalados, entre momentos anodinos como hechos á propósito para echar un parrafito y pasear la mirada con impunidad al rededor de la sala de espectáculos, brillante, deslumbradora, incitante.

E. VALLÉS

Teatros

Nido de Águilas El señor Linares Rivas ha concebido una comedia en el aire.

Cuando se ha dado cuenta de que su castillo no tocaba en el suelo, lo ha querido sustentar con ingeniosidades y con frasecitas. Y el sustentamiento al pasó de la vida se ha venido al suelo, como los puentes de la Compañía del Norte. Este es el fundamental defecto de la obra del señor Linares. No es obra. Hay ó quiere haber una apariencia; pero todo, además de estar en primer término como en los dibujos de los niños, está esfumado y desfigurado. En el primer acto el autor se empeña en querernos demostrar que sin acción puede hacerse obra dramática, y en el segundo se obstina en demostrarnos que pueden resolverse y terminarse cosas que no existen.

Estas dos demostraciones las hace el autor con muy mala fortuna y con muy poca gracia.

Su comedia — en la que sólo hay una escena habilidosa y bella — es un tejido burdo. Entre la urdimbre asoman los dedos sucios...

Tiene esta obra un viejo vicio del teatro, la ñoñería. Además de que el asunto es de una vejez envidiable. El mismo autor lo ha desarrollado otras veces.

En fin, yo creo que al señor Linares Rivas Astray le hubiera salido mejor su obra si hubiese prescindido de las águilas...

Porque *Nido de Águilas* es una urraquería descubierta... — R. M.

Gacetilla

Nuestro distinguido colaborador, señor Ribera y Rovira, ha recibido de Portugal por su notable estudio publicado en el número 9 de nuestra Revista, con el título de *La crisis de la Monarquía portuguesa*, muchas felicitaciones de altas individualidades en la política y en el mundo artístico. Una de las principales es la del *Comité Catalanophile Portugues*, que dice así:

«Lisboa, 6. — Catalanó Filos felicitan bello artigo. — Borges.»

El telegrama viene firmado por uno de los Secretarios de dicho patriótico *Comité*; entidad dedicada á estrechar los lazos de fraternidad entre Portugal y Cataluña. Fue fundado el *Comité* por nuestro querido amigo, cuando últimamente fué á Lisboa, y lo constituyen las más eminentes personalidades de las letras lusitanas. Basta ver los nombres del consejo directivo:

Presidente: el sabio Dr. Theophilo Braga.
Vicepresidente 1.º: el insigne hombre de ciencia el general Schiappa Monteiro.

Vicepresidente 2.º: el notable profesor Agostinho Fortes.

Secretario 1.º: el eminente matemático Antonio Cabreira.

Secretario 2.º: el culto periodista Julio Borges.

Vocales: todos los directores de los diarios portugueses y además personajes como el Dr. Alfonso López Vieira, el excelso poeta, y jóvenes animosos, como Antonio Ferrão,

Silva Reigoso, Dagoberto Guedes, Severo Portela, Eduardo Coelho y otros.

Por nuestra parte, felicitamos también a nuestro distinguido colaborador, Ribera y Rovira, por su trascendental trabajo, que le proporcionó fuerte ovación al ser leído más tarde en el *Centre Nacionalista Republicà*.

Opiniones ajenas

Respuesta á Eugenio d'Ors

Amigo *Xenius*: Hay algunos días especialmente buenos en la vida; por ejemplo, el día en que hemos podido hacerle á alguien una limosna de felicidad; aquel en que nos llega el recuerdo cordial de un amigo; aquel otro en que se nos revela un nuevo enemigo ó en que nos viene la noticia de haber merecido la antipatía, también cordial, de alguien que, como el Sr. D. Pío Baroja, al otorgarnos este amarillo y esquinado sentimiento, nos da con él lo mejor de su espíritu. Porque convendrá usted conmigo en que sería cosa triste y lamentable inspirar siquiera un leve sentimiento de benevolencia á quien fatalmente odia ó desdeña todo lo que en este mundo, al que Hawthorne llamó *bright and comfortable*, estamos inclinados á amar ó admirar la generalidad de los mortales, aun siendo muy poetas.

Por eso la carta de usted, que *España Nueva* ha tenido la amabilidad de hacerme leer, me ha proporcionado una felicidad doble: el apretón de manos de usted, que aun traía calor de corazón, perfume de París y frescura de brisa normanda, y el interior deleite, evocado por él, de recordar que le soy antipático á D. Pío Baroja, espíritu selecto, ¿quién lo duda? mas tan atormentado por el fantasma patológico, que va por el mundo con los ojos bajos, buscando llagas para imágenes y lepras á que comparar las mismas sombras de las hojas de parrá en las paredes blancas; sombras que algunos poetas optimistas hemos tenido la sensualidad caprichosa de comparar á blondas sobre frentes ó cosa por el estilo.

No haga usted caso, amigo, de juicios fermentados en cerebros hoscos; todo adjetivo, aun sustantivado, tiene una amable interpretación posible; todo está en acertar la sonrisa con que se debe oír. Judío fué Cristo, si fué vascó-Leyola... y «más vale Dios que sus santos». Y si vamos al terreno de la prosa bella, tan interesante para los que tenemos buen oído, *juduizante* es una palabra simpática, con su sonora terminación de participio activo y la majestad indudable de su inicial, seguida de esa *v* que la humaniza, de ese dulce *dai*, en que el morisco diptongo evoca noches de oasis ó de Alhambra. ¡Juduizante! Sí, calificativo halagador, mucho más cuando se ha ganado por el fantástico crimen de traducir á un admirable poeta catalán, que tiene perfil semita.

¡Y aun se lamenta usted, amigo mío, de que los intelectuales de por acá no queramos honrar á Churriguera! ¿Cabe mayor churriguismo que esta perpetua dislocación y este inagotable retorcimiento que se hace padecer á verdades y hechos para convertirlos á viva fuerza

en argumentos de combate? ¿Es mayor hazaña arquitectónica cobijar una portada de hospicio bajo un dosele de piedra, que traer por los cabellos toda una teoría etnográfica para apoyo de una afirmación caprichosa? Puede que no admiremos lo bastante al «arquitecto maldito», pero le vivimos y la adaptación de una actividad espiritual al molde de otro espíritu es la mayor prueba de amor que puede darse. Brindo á usted esta chispa de observación para su *Glosario*, cuyo primer tomo, pulcro, noucentista y urbano, ha venido á visitarnos con tan graciosa cortesía. Releyendo las más correctas de sus páginas nos hemos permitido emocionarnos con toda arbitrariedad, no sé si al recuerdo de los plátanos de las Tullerías ó al eco en la falena de una canción popular catalana: no hay página blanca ni renglón negro donde el alma no forje sus mitologías.

Me alegro infinito (por usted) de que esté usted en París; yo quisiera estar en China ó en la Luna á la hora presente. Porque Madrid está insufrible á fuerza de estrenos y de peleas pseudocatalanistas. Y temo que, entre políticas y literaturas, me lleguen á amargar el ánimo y á convertirme en un Baroja hurraño y melenudo. ¡No, no! Ante todo, las uñas limpias y el estilo claro. ¡Viva el agua del «Pozo de David»! por no salir de nuestra Sión, ya que tan maravillosamente han tenido á bien instalarnos bajo los cedros de la Tierra prometida.

Ya sé que Madrid le es á usted simpático, como á todos los catalanes de espíritu que han pasado por él, y á usted y á los demás se lo agradezco, á fuer de madrileño; esta nuestra villa es como una morena feucha, pero con buenos ojos, y tan alegre, que sabe con su risa hasta hacernos llorar cuando así le conviene. Aquí acostumbramos á murmurar de ella, porque anda mal peinada y se lava la cara con cierto descuido filosófico; pero á ustedes, los espíritus urbanos, y, como imperialistas, amantes de toda disciplina, ha de servirles indudablemente de descanso intelectual este continuo quebrantamiento de todas las leyes urbanas y esta cordialidad *golfa*, que abre los brazos á todo recién venido, si trae cara de inteligente. Barcelona, *noya* formal y hacendosa, algunas veces debe suspirar con cierta melancolía, en el orgullo de su europeización, al pensar en los guiños picarescos de su hermana la loca, que tan bien sabe engatusar á los catalanes; y Madrid, si las políticas y banderías la dejasen, tendría mucho gusto en estar orgullosa de su hermana formal, aunque de cuando en cuando la compadeciese por lo mucho que se afana «para lo poco que hemos de vivir en el mundo». Perdón por la mitología.

Yo prometo, y con ello me honro, proclamar por cafés, cervecerías y salónci-

llos, ese amor á Madrid que usted confiesa; amor de artista, que usted refugia, buscándole disculpa, en la sombra de un pasado galante. No se disculpe usted nunca de amar, y crea que cuando un ser (hombre, mujer, ciudad ó ruina) nos inspira el actualísimo sentimiento del amor, es porque posee cualidades *actuales*, dignas de inspirarlo. Ya lo es, y no pequeña, el saber y poder conservar unos pocos rincones donde trasciende á Historia legítimamente; yo, siempre que pienso en Barcelona, me acuerdo de las gárgolas de su Catedral vieja.

G. MARTÍNEZ SIERRA

¿Contra España ó contra el régimen?

Al lector

Lector: Si no simpatizas con Cataluña y, por añadidura, reniegas del catalanismo, no sigas; el que esto escribe, madrileño y vecino de Madrid, no sólo ama profundamente á esa región de España, sino que admira á los catalanistas.

Partida de nacimiento

Decía Lutero que el teatro no debía condenarse porque en él se digan palabras indecorosas y se ofrezcan á los ojos escenas voluptuosas, *porque en ese caso sería menester hacer lo mismo con la Biblia*. No condenemos á los catalanes que censuran ciertas cosas de España, porque, si somos justos, nos vemos obligados á condenar la *Biblia* de nuestro uso. *Nuestra Biblia* es el *Diario de las Sesiones de Cortes*, en cuyas páginas, y con ocasión de los debates sobre el último desastre, todo lo español quedó maltrato por boca de los nacidos en España: Instituciones, Gobierno, Ejército, Marina, Prensa, Pueblo... Y cristalizó la frase de un cuento remozado por Montero Ríos: *¡Todos matamos á Meco!* Mas por si esa *nuestra Biblia* no satisfacía enteramente á los españoles, Unamuno y Joaquín Costa le pusieron un *Apéndice*. Dijo el primero: «¡Aquí no hay más que mucha cobardía!»; y dijo el segundo: «¡Somos un país de eunucos!» Tal es *nuestra Biblia*, «edición completa», que recita desde la portada al colofón, sin condenarse, cualquier español no catalán: ahora, si es catalán... ¡el recitado de un sólo versículo le vale al recitante el opróbioso título de *separatista!* Aquí, pues, el pecado no está en las ideas (que jamás tuvieron patria), sino en la partida de nacimiento.

Y por si se presenta un nuevo Meco que tenga que morir, debemos desde ahora alistarnos los que no queramos tener en esa nueva desgracia la más pequeña responsabilidad.

La ignorancia

«Hay tres clases de ignorancia (ha dicho Duclós): 1.ª, la de no saber nada; 2.ª, saber mal lo que se ha aprendido; 3.ª, saber otra cosa de la que se debe saber». ¿De cuántos españoles, en vísperas del desastre colonial, pudo decirse que no se hallaban comprendidos en una de esas tres agrupaciones? De muy pocos. Y el más ilustre de todos ellos, el sabio y venerable Pí y Margall, fué mirado de reojo y hasta tildado de «filibustero». Y cuando Cuba, Puerto Rico y Filipinas desaparecieron para siempre del mapa político de España... ¡oh!, entonces se proclamó unánimemente que Pí y Margall había predicho, con exactitud matemática, lo que iba á ocurrir. Resucitémosle y pongámosle haciendo la causa de los catalanes, y se ofrecerá el estupendo milagro de que los mismos que confiesan que acertó en lo del problema colonial, es un «separatista» en lo que toca á Cataluña. Por nosotros

no pasan los años: la lección de 1898, como si no...

Ultramarinos y catalanistas

Pero, ¿qué tienen que ver las que fueron provincias ultramarinas españolas con la región catalana? — ¡Ah! ¿Pero es que hay quien formule esta pregunta? — Aquellas provincias mantenían una aspiración y Cataluña la mantiene asimismo, y cuando un pueblo hace de una aspiración una profesión de fe, el porvenir de ese pueblo debe inspirar cuidado a los que tienen la responsabilidad de su gobierno. Y tanto como los gobernantes deben preocuparse los ciudadanos de las demás regiones de la nación a que ese pueblo pertenece. Pero lo malo es que, lejos de poner los no catalanes frente a la aspiración de los catalanes otra aspiración gemela, aquéllos no la tienen ni quieren tenerla, y en cambio rechazan airadamente la de Cataluña, sin caer en la cuenta (ó cayendo) de que a los hijos de esta región se les hiere donde más les duele.

En el fondo del alma catalana hay un culto sagrado a la patria chica; y esto les molesta, les fastidia, les revienta a muchos no catalanes. Porque todo el pecado de los catalanes es éste: profesar ardiente amor a su patria. ¡Y qué le vamos a hacer!... Es como si un hombre casado, sintiendo cariño por su esposa, rindiera a su madre adoración. ¡Qué le vamos a hacer!... Los afectos no tienen más administrador que el propio interesado.

España es un caserón de seis pisos, amén del sotabanco y la guardilla. Los catalanes ocupan el principal. Han amueblado el piso a su placer. Pues porque sus muebles no son idénticos a los nuestros, ¡nos revientan los señores catalanes!... Y hablan en distinta lengua que la nuestra: ¡intolerable!... Y se pasan el día trabajando: ¡ni más ni menos que si fuesen horteras!... Y todavía quieren esos señores no utilizar la escalera general, sino una especial que pretenden construir para ellos solos: ¡la cosa no tiene nombre!... Y en los demás pisos, lejos de hacer otro tanto y de instalar sendos ascensores, lo que hacen sencillamente sus vecinos es inmiscuirse en la vida privada de los del principal, ridiculizándoles sólo porque tienen la pretensión de creer que su piso es el mejor amueblado, el más limpio y mejor ordenado. ¿No podría llegar un día en que los del principal, harto de las chinchorrerías de sus vecinos, acariciasen el proyecto de construirse un hotel para ellos solos? — En Cataluña no hay separatismo, como escuela; pero al paso que van las cosas, ¡quién sabe! porque como dijo el mártir tagalo: «¿hay mayor filibusterismo que el de la desesperación?» — Un periódico madrileño profirió no hace mucho esta consoladora sentencia: «A Cataluña hay que arrasarla, y luego cubrir su tierra con sal».

La Bruyere ha escrito:

«Vivir con nuestros enemigos como si algún día hubieran de ser nuestros amigos, y con nuestros amigos como si debieran llegar a ser nuestros enemigos, no es una máxima moral, pero sí una máxima política».

¡Ojalá que muchos que se las dan de políticos retuvieran en la memoria estas palabras! Y con esto y meditar sobre el contenido de la última obra publicada por Perojo, acaso, acaso se obtendría una saludable modalidad en el carácter nacional.

«¡Más eres tú!»

El *más eres tú!* es el argumento macho de la crítica netamente española. Resulta que el mejor poeta español no es catalán, ni el mejor novelista, ni el mejor pintor, ni el mejor escultor, ni el mejor dramaturgo, ni el mejor médico, ni el mejor

abogado, ni el mejor ingeniero, ni el mejor arquitecto... Todo esto resulta... En el mundo de las ideas-madres, Europa no debe nada al Japón; este país, hasta hace cosa de quince ó veinte años, era una «tierra de simios». Y he aquí que los simios de ayer han sojuzgado a la más grande de las naciones de Europa. Podrán los catalanes no habernos dado el número uno (que perdonen Verdaguier, Balmes, Fortuny, Pí y Margall, Agustín Querol, etc.) en ninguna de las ramas de las ciencias, de las letras y de las artes; pero lo que nadie puede discutir es que la densidad de cultura político-social catalana es superior, muy superior, a la cultura político-social de las demás regiones. Por el procedimiento de los números unos, España no hace en Europa un papel desairado, y, sin embargo, apreciada en conjunto, en cuanto nación, se halla a la cola. Los números unos, por cuanto son casos aislados, no prueban nada; lo que prueba es la conciencia popular, el valor de la masa, su pensamiento y su proceder. *Obras son amores...*

Cataluña es la única región verdaderamente consciente que en España existe, y así lo ha demostrado en las últimas elecciones generales sacando a flote sus 39 candidatos. En Cataluña todos sabían a quien votaban y por qué le votaban. Esto basta. No se necesita más para afirmar que esa región tiene lo que no tienen las otras: *sustantividad, personalidad*. En el resto de España la mayor parte de las llamadas «masas electorales» no son más que rebaños que depositan en las urnas las papeletas que les entrega el cacique ó el delegado del gobernador!...

El nacionalismo

El gran pecado de los catalanes es su nacionalismo sagrado, porque es sagrado todo lo que germina y se desarrolla en el alma de un pueblo consciente. Ese nacionalismo hay quien desearía arrancarlo de cuajo. Se arranca lo material, pero no lo que pertenece al sentimiento, y el nacionalismo no es otra cosa que un sentimiento común, un lazo espiritual, *el alma de un pueblo*, que se exterioriza por medio del idioma, y propio lo tienen los catalanes. Cuanto más se vaya contra ese nacionalismo, más se ahondarán sus raíces. España quiso arrancarles a los flamencos su protestantismo naciente, y España lo perdió todo en Flandes, incluso una buena tradición. Y la doctrina luterana tomó mayor incremento, y hoy la antigua tierra de Flandes se mantiene más luterana que nunca. A los sentimientos, como a las ideas, se les da la batalla por la persuasión, pero no con insultos ni amenazas. La soberanía que no gravita sobre el corazón, no es soberanía, es detentación, y ésta no se ejerce tranquilamente de por vida. — Sé de muchas mujeres casadas pecadoras; casi todas alegan lo mismo: el marido las maltrata. De cada cien hijos de familia que huyen del hogar paterno, noventa lo hacen porque estaban descontentos. Los catalanes son un pueblo descontento. ¿Tienen razón? A esta pregunta, sólo un muy extraño a España podría contestar. El hecho es que el descontento existe, y que constituye una de las fases del nacionalismo. Ese descontento es el que aquí se interpreta como «aspiración separatista», volviendo la lógica del revés... Bien es cierto que para los más la palabra *nacionalismo* es un neologismo que no saben, como se suele decir, con qué se come.

Píldora pesimista

El pesimismo dosimétrico, administrado de tiempo en cuando, es un tónico harto saludable, mayormente después del empaño de *Marcha de Cádiz* que padecemos casi todos los nacidos en España. Nuestra *Historia*, tal como se lee en la mayor

parte de los textos oficiales, es un libro de exaltación embrutecedora: todo se le vuelve a los autores referir «hechos gloriosos», mientras que las derrotas quedan oscurecidas y sin el menor rebozo filosófico. ¡Mucho Don Pelayo, mucho Cid, mucho Hernán Cortés, mucho Gonzalo de Córdoba!... Y el ilustre Quintana, concretándolo todo en admirables versos:

«Doquiera España: en el preciado seno de América, en el Asia, en los confines del Africa, allí España; el soberano vuelo de la atrevida fantasía para abarcarla se cansaba en vano; la tierra sus mineros le rendía, sus perlas y coral el Oceano; y dondequier que revolver sus olas él intentase a quebrantar su furia siempre encontraba costas españolas».

Después ¡Prim! (catalán, no se olvide) arrasando moros. Y antes y después de Prim desastres y más desastres. Y en esos libros, que no parece sino que se escribieron para los cuarteles, apenas si se cita al gran conde de Aranda, al insigne Jovellanos... Si todos matamos a Meco, a Meco lo mató la *psicología nacional*. ¿No va siendo hora de que nos miremos por dentro para que sepamos a qué atenernos? Inspiramos simpatía, un tanto conmisericordia, a los extraños que conocen bien nuestro pasado, literario principalmente (hispanófilos, ingleses, alemanes y yanquis), nos aprecian y a la vez se sonríen con desdén cuando piensan en nosotros los franceses; nos quieren y nos compadecen a un tiempo los nacidos en las tierras por España descubiertas (americanos y filipinos) — *ahora* que no mandamos en ellas, — y nos odian con todo su corazón los portugueses, *porque por la fuerza bruta de las armas les impusimos nuestra hegemonía*. El español es el mejor hombre del mundo para hermano; el peor de todos para padre. Las *paternales* «Leyes de Indias», ó no las cumplían ó las interpretaban y aplicaban a lo *padrastrero*. Nuestros legisladores, los más eminentes, nuestros encargados de aplicar la ley, salvos contados espíritus rectos, *una patulea*.

¡Claro! Entre la ley y el pueblo se interponen los caciques, únicos que en España merecen el nombre de tiranos, y esos son precisamente los servidos. Para ningún Gobierno vale nada un sabio honrado; para cualquier Gobierno vale mucho todo ignorante vividor que disponga de los votos de un distrito. Así resulta que nuestros verdaderos intelectuales sienten un asco profundo por la política española, y si alguno acude a ella, ó se prostituye ó se convierte en escéptico.

¿Cómo es posible que un país donde así se vive prospere? ¿Qué mucho que los catalanistas, masa joven, instruída, llena de fe y ansiosa de prosperidad, mire con repugnancia estas cosas de España?

Vuelta al nacionalismo

Hablar de razas, consideradas antropológicamente, quédese para los profesionales. Cánovas, en el Ateneo de Madrid, definió la raza de este modo: «La raza es ese conjunto de fenómenos que une a los pueblos de la misma lengua, de iguales usos y costumbres y de idénticos antecedentes en la Historia». — Si alambicamos mucho esta definición, en España hay variedad de razas; no alambicándola, sólo existe, con diferencia esencial (el idioma): la raza vascongada. Pero es que Cataluña ha ido poco a poco dándole a todo lo suyo *cuño propio*: ha restaurado su lengua, tiene su literatura, su industria, su historia, su arqueología, su arquitectura, su fisonomía social... Discutir si sus novelas valen menos que otras, sus edificios menos que los de Madrid, etc., es perder el tiempo. El Japón apenas tiene nada, en el orden intelectual, digno de ser parangonado con lo que hay en Europa; y el Japón figura, no obstante, en el gran con-